

JAVIER MENÉNDEZ FLORES
MELCHOR MIRALLES

EL HOMBRE



QUE NO FUI

Una trepidante y esclarecedora
novela sobre el

caso Urquijo

Índice

Dedicatoria

Cita

1980, 1 o 2 de agosto

I. LA CUENTA ATRÁS

1981, 9-11 de abril

2016, principios de julio

1983, 12 de julio

2016, principios de julio

1983, 5 de octubre

2016, principios de julio

II. EL INFIERNO

1983, mediados de diciembre

2016, mediados de julio

III. UN SALTO AL VACÍO

1987, 17 de diciembre

2016, mediados de julio

IV. LA VIDA EMPIEZA (Y ACABA) HOY

1988, 28 de julio

2016, principios de agosto

1989, principios de marzo

2016, mediados de agosto
1994, 18 de julio
2016, mediados de agosto
1996, principios de septiembre
2016, mediados de agosto

V. EL HOMBRE INVISIBLE

2009, finales de septiembre
2016, mediados de septiembre

VI. ¿TODA LA VERDAD? (IMPRESIONES FI- NALES)

2016, principios de octubre
2016, finales de octubre
La verdad de los espejosEpílogo
Acerca de este libro
Notas
Créditos

*A Margarita, con el mismo fuego de los primeros días.
Y porque en sus ojos descansa toda mi biografía.*

*A Javier y Rodrigo, los dos únicos hombres
que me hacen perder la cabeza,
por lograr que aún quede vivo en mí un rescoldo de ino-
cencia.*

A los tres: lejos del mal os quiero.

JAVIER MENÉNDEZ FLORES

*A Noelia, amor, vigilante de lunas y amaneceres,
porque compartimos, con ley, miradas que nos cubren y
nos descubren, sonrisas, caricias, abrazos, confianzas, es-
truendos, silencios, sorpresas, paseos infinitos por la sole-
dad, tristezas alegres, peligros, distancias, desórdenes de
ausencias, éxtasis, subidas, descensos, mares, esperas, vigi-
lias, corazón y sueños. Vida. Porque sí. Porque somos. Por-
que me sobran los motivos.*

*A Almudena, por todo lo vivido y amado y porque siempre
estará en mi corazón, y a Jacobo y Julia, mi sangre, hijos
ejemplares e inmensos, que siempre están ahí y con quie-
nes sé que solo me espera lo mejor.*

MELCHOR MIRALLES

«Hay amistades extrañas: ambos amigos parece que quieren devorarse uno a otro, pasan así casi toda la vida y, sin embargo, no aciertan a separarse».

F. M. DOSTOYEVSKI, *Los demonios*

1980, 1 o 2 de agosto

Condujo desde Madrid igual que un autómata, embriagado por la misión que le había sido encomendada y que aceptó pese a ser consciente de que era una locura, y cuando se encontró en las inmediaciones del pantano fue como si la realidad se entrometiera en una pesadilla de la que no había forma de salir.

No llevaba reloj, pero calculó que serían alrededor de las seis de la tarde. Detuvo el coche en un aparcamiento sin asfaltar en el que descansaban no menos de veinte vehículos. Qué estúpido, se dijo entonces, tendría que haber esperado a que se hiciera de noche. Ahora podría ser sorprendido por cualquiera. No se sintió capaz, sin embargo, de aguardar allí ni un solo minuto, por lo que cogió la bolsa de deporte del maletero y echó a andar por un camino terroso que se perdía entre los árboles altísimos.

Su mirada se desvió a la derecha unos segundos y vio la presa del embalse —un imponente brazo de hormigón—, en cuyas aguas los cuerpos de varios bañistas refulgían como cristales. Le llegaron, nítidos, gritos y risas, y experimentó una envidia en estado puro ante esa felicidad y ausencia total de problemas.

Sintió calor. Un calor interior, quemante. Y creyó que la bolsa aumentaba de peso, igual que si albergara piedras.

Se adentró en la incierta senda y caminó con determinación, el paso firme. El corazón le latía como a un velocista en plena carrera y en su cabeza no dejaban de resonar

las desesperadas palabras de su amigo: «Tienes que ayudarme, Javier. Eres la única persona en la que puedo confiar. No me puedes fallar».

Cuando entendió que se encontraba lo suficientemente alejado de la entrada, abandonó el precario camino y se dirigió hacia el pantano sorteando matorrales secos y grandes rocas, por algunas de las cuales tuvo que trepar.

Al ver la lámina de agua, la emoción se apoderó de él. Dejó caer la bolsa y barrió con la vista cuanto le rodeaba. Vio bañistas dispersos, a lo lejos, y algunas pequeñas embarcaciones sin rastro de tripulantes.

El sol aún estaba alto y el azul cegador del cielo no había sido invadido por una sola nube. De pronto, el rostro perfecto de Patricia explotó en su cabeza. Pensó que en ese preciso instante se estaría dejando acariciar por ese mismo sol a cuatrocientos kilómetros de allí, en Santander, el lugar hacia el que iba a dirigirse en el momento en el que recibió la llamada de Rafi. Una llamada acuciante y envenenada que le obligaba a postergar aquel viaje varias horas.

Patricia. La imaginó en la playa acompañada de sus amigos, los de ambos —un mechón de su melena mojada sobre la cara, con aquella mirada glauca que a él se le clavaba en lo más hondo como un arpón—, riéndose, fumando, hablando de cosas triviales. Quizá mirando el reloj con disimulo, impaciente por el reencuentro. Aquella imagen de belleza y juventud se disolvió y dio paso a otra muy distinta: sus padres, que se encontraban veraneando en Mallorca y nada sabían de la angustia que atenazaba al quinto de sus hijos. Joder. Hostia puta. Maldita suerte la suya.

Hincó una rodilla en el suelo y abrió la cremallera de la bolsa de un tirón. Se irguió sopesando uno de los dos objetos, el más alargado, cubierto por un trapo con manchas de aceite.

Volvió a mirar en derredor. No había nadie cerca.

Llenó los pulmones de aquel aire caliente, espeso, llevó el fibroso brazo hacia atrás y lanzó el silenciador con todas sus fuerzas, lo más lejos que pudo.

Vio cómo entró en las mansas aguas limpiamente, sin apenas romperlas. Qué fácil, pensó.

Pero al sacar la pistola, también envuelta con un trozo de tela vieja, la sensación de peligro, de gravedad, de locura regresó. Y lo hizo amplificadas. Sus ojos buscaron de manera instintiva cualquier asomo de movimiento, de vida, en torno a él. Nada. Seguía sin ver a nadie.

Repitió la acción. Uno, dos, tres segundos. Y ya.

Extrañamente, se notó aliviado. La misión había llegado a su fin. Miró al pantano por última vez. Después, lanzó la bolsa entre unos arbustos y emprendió el camino de vuelta al coche con paso ágil.

Tenía prisa por salir de allí y cambiar de aires.

El instinto de supervivencia se activó y, por un momento, se sintió bien: la vida, a sus veintiséis años recién cumplidos, no podía serle más grata. Pertenece a una buena familia, gente acomodada, sana, unida entre sí por unos férreos lazos de cariño, y ambicionaba llegar a ser director de cine. Como su admirado Bergman. O como Hitchcock, ese gordo genial. Si se paraba a pensarlo, lo tenía todo. Y en solo cuestión de horas se iba a reunir con Patricia, la mujer más bonita del mundo, su amor.

Apretó el paso, se peinó instintivamente con una mano los rizos, húmedos por el sudor, y casi sonrió.

El verano, aún joven, se dibujó en su mente como una promesa de felicidad.

I

LA CUENTA ATRÁS

*«Lo que he sufrido y nada todo es nada,
para lo que me queda todavía
que sufrir, el rigor de esta agonía
de andar de este cuchillo a aquella espada».*

MIGUEL HERNÁNDEZ, *El rayo que no cesa*

1981, 9-11 de abril

Nada más verse, en la misma entrada de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, se hicieron una señal con los ojos. El joven salía del edificio y el hombre se dirigía a él, pero al reparar en su presencia cambió de opinión. Caminaron entonces hacia la Carrera de San Jerónimo, ligeramente separados, y cuando llegaron a la cercana plaza de Canalejas, el hombre —porte distinguido, pelo peinado con fijador, un ligero desdén en la mirada— se acercó al joven alto y delgado, de pelo rizado y ojos esquivos, y dijo, sin dejar de mirar al frente:

—Lo han detenido. A Rafi.

—Lo sé.

—Será mejor que vayamos a tomar algo.

Paró un taxi y entraron.

—A la calle del Doctor Fleming —ordenó el hombre.

En el trayecto no cruzaron una sola palabra. Cada uno de ellos miraba a través de su ventanilla el latido aún vivo de la ciudad al atardecer. Era un silencio cargado de temor y de interrogantes. Y, quizá, de culpa.

Al llegar a destino, entraron en una cafetería de la que el hombre era un cliente asiduo, justo al lado de su domicilio. El joven pidió una cerveza y su acompañante, un whisky con hielo «generoso», le precisó al camarero. Luego dijo:

—Es muy posible que se venga abajo y cuente vuestro secretito.

El joven puso cara de no entender de qué le estaba hablando.

—No es necesario que finjas, Javier. Lo sé todo. Sé que la noche del crimen llevaste a Rafi hasta la casa de sus suegros. Me lo contó en la finca de Moncalvillo.

Sintió cómo una bola de fuego le estallaba en la boca del estómago. Tardó en hablar.

—Yo me limité a acercarle en mi coche porque el suyo estaba en el taller. Y no sabes lo que me arrepiento de ello, Mauricio, me cago en la puta.

—Conmigo no tienes por qué justificarte. Estoy con vosotros. Pero yo de ti pondría tierra de por medio. Si Rafi le cuenta eso a la policía, te van a complicar la existencia a base de bien.

Asintió y se removió en el sitio, nervioso.

—Joder. Vaya putada más grande.

—Podrías marcharte a algún país que no tenga tratado de extradición con España. Sudáfrica, se me ocurre así de entrada.

—Pero ¿estás loco o qué? ¿Cómo me voy a ir así, a la buena de Dios, sin más? Y a Sudáfrica, nada menos. Sí, yo creo que te has vuelto majara.

—Eres tú quien tiene un problema, no yo. Solo intento ayudar.

—Sí, joder, pero menuda ayuda. ¡lirme a Sudáfrica! — Meneó la cabeza con gesto de desconcierto—. Necesito hablar con Patricia, contárselo. Ella tiene que saberlo y, entre los dos, buscar la mejor solución...

—¿Está en Madrid?

—Hoy salía para Londres. Tendría que ir a verla allí, al hotel donde se aloja su tripulación.

—¿Tienes dinero?

Negó con la cabeza.

—La verdad es que me vendrían de perlas las quince mil pelotas que te dejé para el coche.

El hombre asintió.

—Hecho. Y te presto otras diez mil. Ya me lo devolverás cuando salgas de esta. —Le guiñó un ojo y se bebió el whisky como si fuera agua. Ordenó otro—. Voy a subir a casa a por la pasta. Vuelvo enseguida.

Cuando Javier se quedó solo comenzó a moverse nerviosamente de un lado a otro de la cafetería, cerveza en mano, como un cervatillo asustado. Miró a través del ventanal y vio un mediodía sepia que le hizo sentirse incómodo y deprimido. De pronto, se acordó del protagonista del cortometraje que había escrito y dirigido unos pocos años atrás, *Los primeros metros*, producido por Elías Querejeta. Aquel muchacho que se aloja en un motel rural en el que se repiten una serie de hechos imaginarios y reales, y en donde la presencia de la muerte es constante. A través de la ventana de su habitación, el chico contempla su propia muerte a manos de una misteriosa pareja de niños que vive en el hotel y al día siguiente encuentra asesinados a todos los huéspedes. Al entrar en su coche para marcharse, observa a los niños desde el interior, los dos a escasos metros de él, mirándole muy fijo. Entonces sale del vehículo y entra de nuevo en el hotel, y una vez allí se reproduce todo lo vivido el día anterior, en una suerte de diabólico bucle temporal del que no hay forma de escapar. Aquella historia creada por él, salida de su imaginación, y que en aquel momento aborreció con todo su ser, se le clavó en el pensamiento como un estilete. Pero enseguida se recompuso y se dijo que no se iba a dejar atrapar en una pesadilla terrorífica. No. Iba a pensar muy bien cada uno de los pasos que tenía que dar e iba a salir incólume, como fuera, de aquello.

Cuando Mauricio regresó, se sentó en el taburete de antes, dejó un sobre encima de la barra y le pegó un tiento a su nuevo whisky.

—No te lo gastes todo de golpe —dijo con una sonrisa curva y despojada de toda humanidad. O eso, al menos, le pareció a Javier, especialmente sensible en ese momento,

que se guardó de forma apresurada el sobre en un bolsillo del pantalón.

—Tengo que irme ya.

—Sí, tienes que irte.

Cuando llegó hasta la puerta y se disponía a salir, Mauricio le llamó. Se giró y le vio con el vaso en alto, a modo de brindis.

—Cuídate. Y no hagas tonterías. Ya verás como todo se arregla. —Y bebió.

Paró un taxi y le pidió al conductor que le llevara a la calle de José Abascal, a su casa.

Nada más llegar fue directo a su habitación. Cogió una bolsa de viaje en la que metió un par de mudas, una camisa y unos pantalones, y sacó de un cajón el único dinero que tenía, cinco mil pesetas, y se lo guardó en el bolsillo. Evitó cruzarse con nadie y se marchó como una centella hacia el aeropuerto, al que llegó media hora después.

En la ventanilla de Iberia pidió un billete solo de ida para Londres en el primer vuelo. La chica consultó su computadora y le informó de que el primero con plazas disponibles no saldría hasta la noche.

—Con la inminencia de la Semana Santa hay algunos destinos para los que ya no quedan plazas. Podría ponerle —sugirió— en lista de espera por si se da alguna baja de última hora.

Javier maldijo su suerte. La ansiedad y el nerviosismo le devoraban. Tenía que salir del país cuanto antes, no podía permitirse el lujo de esperar en el aeropuerto varias horas. La chica le miró expectante. Él se pasó la mano por el pelo, se agarró los rizos y cerró los ojos. Fueron solo unos segundos, en los cuales pasaron por su cabeza distintos nombres de ciudades. Pito, pito, gorgo... rito...

—¿Quedan plazas en el primer vuelo para Lisboa? — Fue el destino que le pareció sería más barato. París o Berlín le dejarían tieso, seguro, y aún tenía que sacar otro billete para Londres.

Tras mirarle con curiosidad, la empleada se encogió de hombros, tecleó como un relámpago y observó con gesto concentrado la pantalla.

—A ver... Hay un vuelo a Lisboa cuyo embarque está previsto para dentro de poco más de una hora y media. Y hay plazas de sobra, sí.

—Deme un billete.

—¿Ida y vuelta?

—Solo ida.

La chica emitió el billete, por el que pagó algo más de nueve mil pesetas. De allí se fue directo a la zona de embarque, donde tomó un café y hojeó un periódico sin dejar de mirar el reloj que colgaba del techo. Y una hora y cincuenta minutos después, tras un pequeño retraso que se le hizo insufrible, ya estaba sentado en el avión junto a una señora de no menos de cien kilos que se disculpaba cada vez que le daba un golpe con el codo, que era a cada rato.

Al despegar observó, a través de la ventanilla, la ciudad ya anochecida, con aquel ejército de luces como las alhajas ostentosas de un cuerpo que fue menguando hasta desaparecer.

Cerró los ojos y trató de poner en orden sus ideas. Lo primero que pensó fue: otra vez. Has vuelto a tirar la pistola otra vez, so gilipollas. Pensó entonces en cómo había sido su vida desde aquello; en el temor casi constante que lo acompañaba y en lo distinto que habría sido todo, que sería, si aquella tarde de verano en una plaza de Madrid le hubiese dicho a Rafi que no, que lo sentía mucho pero no podía hacer lo que le pedía.

Una azafata les preguntó, a él y a su oronda vecina, si querían tomar algo. Javier no lo dudó: un whisky con hielo. Le relajaría.

La sensación quemante del whisky al bajar por su garganta actuó en él como una caricia: era el primer signo nítido de placer que experimentaba en muchas horas. En ese momento, mirando la oscuridad del exterior y con el vaso

entre sus manos, se relajó. Y tanto lo hizo que, al poco, sucumbió al sueño.

Y soñó.

Soñó un sueño tan real que, mientras duró, no le cupo duda de que lo era. En él se vio a sí mismo de pie en una pequeña barca que se balanceaba en mitad de un lago, alrededor del cual solo se divisaba niebla. Una niebla superlativa, tan impenetrable como una pared. Empezó a gritar y a preguntar: «¡Hola!, ¡hola!, ¿alguien puede oírme?! ¡Por favor, ¿hay alguien ahí?!», pero no recibió más respuesta que el silencio. Silencio y niebla.

Sus ojos se abrieron por un golpe del codo de la pasajera que tenía al lado, que volvió a disculparse. Pero él agradeció con toda su alma ese abrupto despertar que lo había arrancado de una visión claustrofóbica y letal, la de la más absoluta soledad.

No era media noche aún cuando llegó a la capital portuguesa. En el aeropuerto de Lisboa entró un momento en los aseos y después se dirigió a una ventanilla para comprar un billete a Londres. El primer vuelo salía a las cinco y media de la mañana. Mientras pagaba (ya apenas le quedaba dinero), imaginó la espera y se le antojó un suplicio. Caminó hacia la cafetería y una vez en ella, bajo una luz como de hospital, pidió un whisky y un café con leche, cogió un par de diarios locales que alguien había dejado abandonados sobre el mostrador y se instaló en una mesa situada en una esquina, una de las más apartadas, resignado a dejar que pasaran las horas.

Cuando ya se había ventilado café y whisky y terminado de hojear los dos diarios, decidió estirar un poco las piernas; dar un paseo por la terminal y sacudirse el tedio que lo embargaba.

Caminó con la bolsa, que apenas pesaba, colgada del hombro e imaginó la inminente conversación con Patricia. ¿Por dónde empezar, cómo contárselo para que lo entendiera? Quizá, ojalá, no hiciese falta darle muchas explica-